



Los cuatro nuevos rascacielos, en obras, que se yerguen junto al paseo de la Castellana. / GORKA LEJARCEGI

Un ascensor naranja que lleva al cielo

DANIEL VERDÚ, Madrid
Al cielo de Madrid se sube en un ascensor naranja. A 1,1 metros por segundo, el artefacto remonta los 224 metros de la fachada en obras de Torre Espacio. Dentro se habla polaco, rumano y español, pero los oídos comienzan rápido a taponarse. Tres minutos y medio para coronar las alturas de una lanza clavada en la espalda de una ciudad que se extiende a lo largo de 605,8 kilómetros cuadrados. Y que no para de crecer.

Arriba, a 956 metros por encima del nivel del mar, el viento embiste con más fuerza, el sol se enfría y los móviles pierden la cobertura. El zumbido de la calle logra también alcanzar la cima. La ciudad, donde viven más de tres millones de personas, es como el lomo rugoso de un animal que con el reflejo del sol, la densa calima y la polución, parece respirar. En cualquier momento se despierta el bicho y se acabó lo de jugar a las casitas.

Los grandes edificios son alfileres colocados en un mapa. El *piruli* en O'Donnell, el *enchufe* en Colón o las torres KIO, que dan la bienvenida triunfal a la auténtica ciudad que comienzan en el paseo de la Castellana. Sin esas referencias, desde el aire sería imposible diferenciar las zonas de la capital.

Los casi mil metros de altura

descubren las costuras de Madrid. La M-30 y la M-40 son los respuntes de la enorme lona llena de zurcidos y apaños para que el monstruo no deje de crecer. Mon-

tecarmelo, Las Tablas y Sanchinarro ayer no estaban y ahora resoplan ya a la sombra de un gran centro comercial. Los pueblos están cada vez más cerca y la gente

más lejos de la ciudad. Desde las alturas del norte, el sur no existe. No queda ni rastro de Leganés, Getafe o Alcorcón. Se los ha comido la polución. El horizonte es

La cima de la torre Espacio, a 956 metros sobre el nivel del mar, permite contemplar los más de 600 kilómetros cuadrados de superficie de la capital



Ciudadanos transitan junto a las torres que se construyen en los terrenos de la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid. / G. L.

el verde azulado del monte del Pardo, Navacerrada y la sierra de Guadarrama. Ahí terminaría el mundo si la Tierra fuera plana. Y aunque no lo fuera, lo seguiría siendo en la autocomplacencia de La Moraleja, una isla verde con puntitos blancos ajena al resto de la ciudad.

Torre Espacio, donde ahora trabajan más de 300 obreros, será el menos alto de los cuatro nuevos edificios que se construyen en la antigua ciudad deportiva del Real Madrid. El club de fútbol coloniza a lo lejos la llanura de Valdebebas junto al futuro Campus de la Justicia.

Por encima del hombro se le ve la coronilla a la torre del hospital de La Paz, que un día fue referencia en altura del norte de la capital. A su alrededor, alguien se dedicó hace tiempo a clonar edificios para crear el barrio del Pilar, la Ciudad de los Periodistas y el barrio de Begonia. Separados todos por grandes avenidas que van a dar a la mar; porque si Madrid lo tuviera, habría que alcanzarlo a través de las carreteras nacionales que drenan la ciudad.

A 224 metros, Madrid es una masa informe que ruga. Probablemente no es la ciudad más bonita del mundo desde el aire. Es, incluso, más bien fea. Pero el monstruo, visto desde arriba, asusta.



Vista panorámica de la ciudad desde la torre Espacio. En primer plano, el barrio del Pilar y la avenida de la Ilustración. / GORKA LEJARCEGI



Otra vista desde torre Espacio, el paseo de la Castellana y las torres Kio. / G. L.

A pie de torre

Los nuevos rascacielos de Madrid vistos desde abajo, de cerca y de lejos

PATRICIA ORTEGA DOLZ

Madrid

Han borrado "la marca del diablo" de Madrid. Los rascacielos de 200 metros que se levantan en las proximidades de la Plaza de Castilla (Torre Sacyr-Vallehermoso, Torre Espacio, Torre de Cristal y Torre Repsol) han hecho desaparecer la gigantesca figura que conformaban las inclinadas torres KIO y que Alex de la Iglesia filmó y utilizó como el símbolo de Satanás en *El Día de la Bestia*. Y ya no se abre el espacio detrás de esas torres que parecen querer tocarse. Ya no existe esa sensación de que allí se acaba un mundo. Porque, tras ellas, un conglomerado de gigantescas grúas terminan de levantar las cuatro moles construidas sobre la antigua Ciudad deportiva del Real Madrid.

Desde el suelo, al pie de las torres, uno se siente como un *frágile*: no es que uno se haga pequeño, es que se hace minúsculo. Y, si levanta la vista en medio de la polvareda de las obras, no se puede evitar pensar que la verdadera vida debe estar allí arriba, rascando el cielo, porque lo que es abajo...

"Nino, nino, nino... Taca-taca-taca-taca-taca... Run-rún-run": la sirena que anuncia el movimiento de las grúas, los taladros gigantes que perforan el suelo, el ruido del motor de las máquinas... Y, por si fuera poco, el tráfico.

Allí abajo hay un constante zumbido, una especie de ruido con sordina que proviene de todas las máquinas que trabajan sin descanso las 24 horas al día los siete días de la semana. "No conocen el descanso. Esto es un sin vivir", dice Riamares de la O, que lleva 25 años viviendo en el quinto del nú-

mero 284 del Paseo de la Castellana. "Cuando venimos por la noche hay tanto polvo de todo el día que parece niebla. Mira como están los coches. Y la casa, todo el día llena de polvo, aunque tengamos las ventanas cerradas. Antes, por esas ventanas, veía la sierra de Guadarrama, Somosierra y, en los días claros, hasta la cruz del Valle de los Caídos, tenía unas vistas preciosas. Ahora me las han fragmentado", agrega esta mujer que dice sentirse asediada por "las torres, las obras del túnel y la operación Chamartín", a espaldas de su edificio: "Estamos rodeados".

Las obras le han dado, además de ingentes cantidades de polvo a la zona, un colorido particular. Se combinan el amarillo de los carteles de los nuevos desvíos; el rojo y blanco de las señales que delimitan las vías alternativas para los coches y el gris de las piezas de hormigón que forman los caminos para los peatones, sometidos a toda una carrera de obstáculos.

Pero, más allá de la cuestión puramente estética. Más allá del ruido infernal de la zona, hay quienes, desde hace tres años que empezaron las obras, sufren día tras día sus consecuencias. "Las ventas han bajado un 60%. Mira tengo los periódicos empacquetados. Estoy hasta las narices". Quien habla así es Francisco José Alonso, que tiene un kiosco en la zona hace 31 años. Ahora se lo han colocado justo enfrente del hospital mater-

no infantil de La Paz. Por cierto, ese edificio verdoso con forma como hexagonal, también característico de esa zona de Madrid, ha quedado oculto tras las torres. Ahora sobrevive a su sombra.

Los problemas causados por las obras afectan a las 15.000 personas (profesionales, pacientes y visitantes) que acuden a diario al hospital.

Todo ha quedado perdido, como desubicado, a los pies de las torres. Es como si esos cuatro rascacielos le hubieran quitado el sentido a todas las construcciones de la zona. Y ya desde el sexto del número 274 del Paseo de la Castellana, el que está justo encima de la farmacia, no se ve la sierra. "Tampoco desde la farmacia donde, "ya no para casi nadie", dice la dueña de esa botica. En la gasolinera: "Se ha notado un bajón en la clientela". Los paseos por el parque Norte, al otro lado de las torres, también han cambiado: "Antes desde este banco veías los partidos de fútbol, la piscina y la vista se perdía en el horizonte. Ahora vemos estos cuatro gigantes", comenta una pareja de jubilados.

Pero hay sitios en el suelo de Madrid en los que las torres adquieren su propio sentido y dotan de otro a todo lo que las rodea. Y, por ejemplo, desde la carretera de la Coruña en sentido entrada se observa como ha cambiado el perfil de Madrid y aparecen esos esbeltos esbeltos edificios, majestuosos. O, desde la T4 de Barajas, desde donde se puede ver una increíble puesta de sol que marca, a contra luz, la silueta de las nuevas torres y nos recuerdan que Madrid es también y ya otro Madrid.